LIBRO DE HECHOS

Lección 33, Capítulo 15

Nuestro En una traducción típica de la Biblia al inglés, los primeros 14 capítulos de Hechos contienen alrededor de 12,400 palabras. Los capítulos 15 al 28 (el final del libro) suelen contener alrededor de 12,500 palabras. Así que, en efecto, al estudiar hoy este capítulo 15 decisivo, nos encontramos en el centro físico y literal del libro. Pero, más importante aún, este capítulo es decisivo porque trata el único asunto que hará que el judeocristianismo irrumpa en la escena mundial de una manera sin igual en la historia: la cuestión de la participación de los gentiles en el movimiento de Yeshua.

Resulta irónico que el tema de la participación de los gentiles, decidido en este Concilio de Jerusalén al que dedicaremos bastante tiempo, fuera debatir cómo (o incluso si) los gentiles podían ser incluidos en esta religión exclusivamente judía, que en aquel momento era solo una rama del judaísmo. Sin embargo, en unos 100 años, el asunto polémico pasó a ser cómo (o incluso si) los judíos podían ser incluidos en lo que, de alguna manera, se había convertido en una religión casi exclusivamente gentil. ¿Cómo ocurrió este sorprendente cambio? Todo comenzó aquí, en Hechos 15.

Muchos comentaristas bíblicos dicen que el asunto no era si los gentiles podían ser incluidos, sino bajo qué condiciones; eso es engañoso, porque en el centro de la cuestión de incluir gentiles en El Camino estaba la circuncisión. Y en el centro de la cuestión de la circuncisión estaba la conversión. Y en el centro de la cuestión de la conversión estaba la pureza ritual. Por tanto, el asunto es mucho más complejo de lo que parece en lo que respecta a los gentiles. Enseguida volveremos a leer este capítulo completo, pero primero definamos algunos términos importantes.

La circuncisión era fundamental para el judaísmo porque era fundamental para la inclusión en el pacto abrahámico. La circuncisión era la señal de que una persona quería formar parte de los términos de ese pacto. Y lo que hacía tan importante al pacto abrahámico era que: 1) dividía al mundo en dos grupos y establecía a uno de ellos como el pueblo al que

Dios llama hebreos; 2) apartaba una tierra especial para que este grupo apartado la heredara y habitara; 3) establecía una relación especial entre Dios y los hebreos, por la cual Yehoveh los protegería y favorecería por encima de cualquier otro pueblo del otro grupo (llamado gentiles), bendiciendo a los gentiles que bendijeran y consolaran a los hebreos, pero también castigando y dañando a los gentiles que maldijeran a los hebreos (es decir, que los perturbaran o se opusieran a ellos); y 4) de alguna manera especial, no definida, el Señor bendeciría a todas las familias de todos los pueblos de la tierra por medio de ciertos descendientes hebreos de Abraham. Para cualquiera que quisiera aceptar los términos de este pacto, Dios instituyó la circuncisión ritual masculina. Los varones que se sometieran a la circuncisión pasarían a formar parte del pueblo apartado de Dios; quienes rechazaran la circuncisión quedarían excluidos de ese pueblo. Así que la circuncisión era una señal física y tangible que los varones llevaban para mostrar que tenían derecho a los beneficios y estaban sujetos a las consecuencias del pacto abrahámico. Como esto es central para el debate y las decisiones de Hechos 15, repasemos exactamente dónde se estableció este requisito. Busquen Génesis 17.

LEER GÉNESIS 17:1–14

El asunto de la circuncisión en realidad tiene que ver con la conversión. Es decir, una persona pasa de ser una cosa a ser otra diferente. Cuando se estableció el pacto abrahámico, todos los habitantes humanos de la tierra quedaron perteneciendo a uno de dos grupos: hebreos o gentiles. Así que, en esencia, el acto de la circuncisión traslada (convierte) a una persona del grupo gentil al grupo hebreo. Los niños varones nacidos de un hebreo debían ser circuncidados a los ocho días de edad para permanecer en el grupo hebreo. Pero si una persona nacía como gentil y quería formar parte del grupo hebreo, debía circuncidarse para señalar su conversión. Por tanto, el debate de Hechos 15 se centraba en si un varón gentil que aceptaba a Yeshua como su Mesías personal tenía que convertirse: debía dejar el grupo gentil y pasar al grupo hebreo, porque creer en Yeshua pertenecía exclusivamente al ámbito religioso hebreo. Para los varones, la señal externa obligatoria y la prueba de esta conversión era la circuncisión del prepucio.

Pero detrás de la insistencia de algunos miembros de El Camino en que los gentiles tenían que convertirse en judíos para adorar a Yeshua estaba el delicado asunto de la pureza ritual. En términos sencillos, la pureza ritual determinaba si una persona era limpia o impura a los ojos de Dios. Sin embargo, el tema de la pureza ritual no se trata en el pacto abrahámico, sino en el pacto de Moisés: la Ley. Los judíos conocían y practicaban las leyes de pureza ritual, pero los gentiles no. Y como uno de los principios subyacentes de la pureza ritual es que la impureza puede transmitirse mediante el contacto físico, se consideraba que los gentiles tenían un alto riesgo de ser impuros y, por tanto, de hacer impuros a otros. Eso hacía que relacionarse con gentiles fuera un asunto de alto riesgo para un judío; o al menos eso decía la Tradición.

Pero ahora el asunto se vuelve un poco más complicado, porque el judaísmo recurría principalmente a **Halakhah** (Ley judía) para recibir instrucciones sobre la pureza ritual, y ya no tanto a la Ley de Moisés. Hemos hablado a menudo de **Halakhah**, pero vale la pena repetir su definición: **Halakhah** era una fusión de la Ley bíblica de Moisés con tradiciones creadas por los seres humanos y costumbres culturales judías que habían surgido a lo largo de los siglos. Las tradiciones eran esencialmente comentarios sobre las Sagradas Escrituras, pero llegaron a ser algo más. Las Tradiciones establecieron doctrinas firmes (dictámenes de las autoridades religiosas judías) que dictaban cada conducta de un judío. Como es fácil imaginar, el importantísimo asunto de la pureza ritual estaba en primer plano, y por eso se crearon muchas reglas complejas al respecto. Incluso antes de la era del Nuevo Testamento, la Tradición dictaba que los gentiles eran impuros por naturaleza y que los judíos no debían relacionarse con ellos para no contaminarse. Aun dentro del judaísmo, no había acuerdo universal sobre el grado de impureza asociado con los gentiles ni sobre cuán permanente o solucionable podía ser ese problema.

En una famosa disputa sobre **Halakhah** entre el rabino Eliezer, de la escuela de Shammai, y el rabino Joshua, leemos: ***«El rabino Eliezer dice: "Todos los gentiles no tienen parte en el mundo venidero", como está dicho: "Los malvados volverán al Seol, todas las naciones que se olvidan de Dios" (Salmo 9:17). Sin embargo, el rabino Joshua le respondió: "Puesto que el versículo dice 'que se***

olvidan de Dios', esto significa que hay justos entre las naciones que tienen parte en el mundo venidero"».

Por lo tanto, distintos miembros de El Camino habrían tenido perspectivas algo diferentes sobre la inclusión de los gentiles, al igual que sus respetados maestros y sabios. Así que incluso en el Concilio de Jerusalén, mientras debatían sobre circuncisión, conversión y pureza ritual, su guía principal sería **Halakhah**, no la Ley de Moisés por sí sola. Esto se debe a que, igual que ocurre en el cristianismo moderno, los cristianos individuales suelen considerar que las doctrinas de la Iglesia y lo que dice la Biblia son esencialmente una misma cosa. Supuestamente dicen lo mismo, significan lo mismo y exigen lo mismo. En las conversaciones cotidianas, los cristianos normalmente no distinguen entre Escritura y doctrina. En el Nuevo Testamento, los judíos tampoco solían distinguir entre las Sagradas Escrituras y sus Tradiciones. Por eso, cuando se usa el término «la Ley» en el Nuevo Testamento, la mayoría de las veces (aunque no siempre) se refiere a **Halakhah**, y no solamente a la Torá bíblica, la Ley de Moisés. Lo difícil para nosotros es discernir cuándo «la Ley» se refiere únicamente a la Ley de Moisés y cuándo se refiere a **Halakhah** en general. Comprendo lo difícil que es para los cristianos gentiles asimilar esto; sencillamente, no es nuestra manera de pensar y los términos nos resultan extraños. Pero así pensaban los judíos del Nuevo Testamento y así pensaban sus escritores. Hasta que comprendamos esto, seguiremos interpretando mal lo que se dice y, como resultado, construyendo doctrinas extrañas que de ninguna manera reflejan la intención ni la verdad bíblicas.

En resumen: la circuncisión es la señal del pacto abrahámico ordenada por Dios y requiere la remoción física del prepucio masculino. La conversión consiste en pasar de una cosa a otra; por eso, la circuncisión era el requisito para señalar que había ocurrido un cambio de gentil a judío (hebreo). Según la mentalidad de los judíos y del judaísmo de la época del Nuevo Testamento, la pureza ritual (un requisito de la Torá bíblica y de **Halakhah**) solo podía alcanzarse y mantenerse siendo judío. Por eso, un gentil normalmente no podía estar ritualmente limpio. El contacto con un gentil provocaba impureza ritual y sus consecuencias para un judío, algo que ningún judío quería afrontar. Sin embargo, esa no era la enseñanza de la Ley bíblica de Moisés, sino la enseñanza de la

Halakhah dominante, la Ley judía, que combinaba la Ley de Moisés con tradiciones humanas y antiguas costumbres culturales judías. Por eso, les aseguro que el relato breve y conciso de Lucas sobre el Concilio de Jerusalén contiene resúmenes muy abreviados, en parte porque espera que sus lectores estén familiarizados con todo lo que acabamos de tratar. Como nosotros no lo estamos, vamos a analizar este capítulo parte por parte.

Leamos juntos Hechos 15.

VOLVER A LEER TODO HECHOS 15

El primer versículo de este capítulo resume bastante bien el dilema y la causa de esta reunión de los líderes de El Camino en Jerusalén con Pablo y los demás miembros visitantes de la congregación de Antioquía. El problema era que «algunos de los hermanos» —es decir, creyentes judíos en Yeshua que vivían en Judea— formaron un grupo y viajaron a Antioquía de Siria para informar a los miembros gentiles de la sinagoga de Antioquía que la Ley judía exigía que fueran circuncidados si querían participar en la comunidad judía y, especialmente, si querían incorporarse a la religión judía. Para ser claros: 1) quienes llevaron ese mensaje eran judíos creyentes. Se enseña con frecuencia que no eran creyentes, sino fariseos o judaizantes (es decir, judíos que rechazaban el Evangelio). Más adelante, en el versículo 24, Santiago confirma que quienes fueron a Antioquía a exigir la circuncisión «salieron de nosotros, pero sin nuestra autorización». 2) Eran de la región de Jerusalén. 3) Enseñaban que la creencia de los gentiles en el Mesías Yeshua requería conversión, señalada mediante la circuncisión. En esencia, la idea era que, aunque los gentiles podían aprender sobre el Evangelio, la salvación y el Salvador judío Yeshua, no podían completar el proceso de salvación a menos que se hicieran judíos. Así, la salvación para los gentiles consistía en recibir el Evangelio como verdad al comienzo de un proceso que culminaba con el rechazo de su identidad gentil y la adopción de una nueva identidad judía.

Como dice el versículo 2, esto provocó una fuerte disputa entre Pablo y Bernabé y aquel grupo de creyentes que formaba parte de la facción de la Circuncisión y que llegó exigiendo la circuncisión de los gentiles. Ambos lados de este argumento tenían posturas razonables e informadas. No se

trataba de gente mala contra gente buena, ni de un asunto de prejuicio étnico. No era la oposición entre intolerantes y tolerantes. Tampoco era ignorantes contra instruidos, ni impostores contra personas verdaderamente salvas. Recordemos que en ese momento no existía un Nuevo Testamento que ofreciera orientación sobre este asunto complejo; no existiría durante otros 150 años. Cuando surgían estas difíciles disputas teológicas y culturales en El Camino, tenían que reflexionar, orar, debatir, luchar con ellas y luego llegar a algunas conclusiones, porque cada caso requería una respuesta. Aunque nosotros contamos con las conclusiones inspiradas a las que finalmente llegaron sobre asuntos importantes de cómo vivir nuestra fe, ellos iban resolviéndolos sobre la marcha, y fue un proceso accidentado.

El recurso en el que más se apoyaban para tomar decisiones (aparte del Espíritu Santo) era **Halakhah**. Puede sonarnos extraño, pero ¿qué otra cosa tenían a su disposición? Tenían toda la intención de actuar dentro de los asuntos de doctrina religiosa judía que se habían entendido y establecido durante mucho tiempo, porque ya se había escrito y debatido mucho sobre los gentiles. Pero recordemos también que no hacía mucho Dios había tenido que corregir a fondo al apóstol Pedro sobre la convivencia entre judíos y gentiles temerosos de Dios, mediante aquella extraña visión y la conversación aún más extraña entre Pedro y Dios. Este incidente constituyó una nueva revelación para Pedro y la comunidad creyente, aunque en realidad el Señor estaba reprendiendo a Pedro (y al judaísmo) por ignorar las Sagradas Escrituras sobre este asunto e inventar sus propias doctrinas. Ese incidente fue útil para las decisiones doctrinales de El Camino; sin embargo, no abordó explícitamente ni resolvió todos los asuntos doctrinales sobre la inclusión de los gentiles en la fe, ni especialmente cómo debían relacionarse judíos y gentiles. Se necesitaba un mayor desarrollo doctrinal sobre estos delicados asuntos.

Para entonces, los creyentes judíos parecían aceptar en general que el Evangelio podía llevarse a los gentiles y que quizá, con las precauciones adecuadas, los judíos podían relacionarse con ellos sin quedar ritualmente impuros. Pero eso no resolvía para muchos el principio más fundamental del judaísmo: la circuncisión. Por eso, la congregación de la sinagoga de Antioquía decidió que lo mejor era enviar a Pablo, Bernabé y a algunos otros a Jerusalén para consultar con los líderes de El Camino y decidir

cómo proceder. Sin duda, suponían que los representantes de la facción de la Circuncisión que habían llegado a Antioquía habían sido enviados con la aprobación de los líderes de Jerusalén.

Permítanme añadir que, aunque a nosotros nos pueda parecer que está por ocurrir un acontecimiento extraordinario —el Concilio de Jerusalén— con pocos precedentes en el judaísmo, no era así. Este tipo de disputas sobre asuntos doctrinales eran habituales en el judaísmo y no representaban nada fuera de lo común. De hecho, lo que vemos aquí es bastante típico de los procedimientos registrados en el Talmud cuando existían dudas genuinas al determinar la decisión halájica correcta sobre algún tema. Los líderes religiosos de menor rango llevaban sus asuntos ante los de mayor rango; luego estos los debatían entre sí y establecían dictámenes. Los dictámenes se convertían en leyes y precedentes que debían seguirse en todos los casos similares futuros.

La distancia entre Antioquía de Siria y Jerusalén era de alrededor de 350 millas siguiendo la ruta que tomaron Pablo y Bernabé; el viaje habría durado de tres a cuatro semanas, dependiendo de las condiciones del trayecto. Claramente, su intención era detenerse y visitar algunas congregaciones creyentes en el camino, y así lo hicieron; por tanto, no tenían demasiada prisa. La reacción general de estas congregaciones en Samaria y Fenicia fue de alegría al escuchar el gran éxito que Pablo y Bernabé estaban teniendo entre los gentiles. Así, en cada etapa vemos una actitud acogedora de los judíos hacia los gentiles que llegan a la fe en Yeshua; por supuesto, probablemente no tenían muy claro cómo sería esa inclusión ni cómo evolucionaría. En el versículo 4, cuando llegaron a Jerusalén, fueron recibidos con entusiasmo y bienvenidos tanto por los creyentes laicos como por los líderes de El Camino, que estaban ansiosos por escuchar sus relatos sobre la evangelización de los gentiles. Sin embargo, algunos fariseos de entre ellos dijeron que era necesario circuncidar a esos nuevos creyentes gentiles. Evidentemente, esto no sorprendió a Pablo, puesto que esa era precisamente la razón por la que había ido a Jerusalén.

Para que no nos confundamos con los términos: los fariseos mencionados aquí son creyentes. Así como en la cristiandad una persona puede identificarse con una denominación particular, y por separado con cierto

partido político, e incluso identificarse con determinado nivel de la escala social (clase media, alta, etc.), eso no necesariamente afecta que siga siendo cristiana. Pablo era fariseo y creyente; no dejó de ser fariseo porque se hizo creyente. Estas dos designaciones no se excluían mutuamente. Muchos fariseos se hicieron creyentes, pero, por supuesto, trajeron consigo un conjunto predeterminado de creencias y perspectivas mediante las cuales interpretaban las Escrituras, su confianza en Cristo y lo que esta significaba para diversos asuntos teológicos y rituales. Además, había numerosas escuelas de pensamiento dentro del partido fariseo, así que no todos sostenían los mismos puntos de vista.

Es un triste error en los círculos cristianos sacudir la cabeza con disgusto cuando se menciona a los fariseos. Por lo general, tenemos una imagen mental algo injusta de quiénes eran, qué creían y cómo los consideraba la gente. Josefo, en su libro Antigüedades, insiste en que los fariseos eran admirados por vivir modestamente, por el respeto que mostraban a sus ancianos religiosos y por sus conocimientos y sabiduría; por ello, tenían mucha influencia entre la gente de las ciudades. Los fariseos eran conocidos por enseñar y practicar los ideales más elevados del judaísmo. De hecho, el doctor David Flusser dice que había siete tipos de fariseos bien definidos y con nombre: algunos eran conocidos por su comportamiento hipócrita y sus actitudes excesivamente críticas; otros, por su disposición a ser razonables y útiles incluso en las tareas más humildes y en beneficio de las personas más desfavorecidas. En su mayoría, eran las autoridades de las sinagogas. La lección para nosotros es que nunca es prudente definir a todo un grupo por la conducta de unos pocos, ya sea positiva o negativa.

Así que este fariseo creyente dice que los nuevos creyentes gentiles deben circuncidarse y comenzar a obedecer la Ley de Moisés. Pero no se dejen engañar: esto no significa en absoluto que los creyentes deban seguir específicamente la Ley de Moisés, pero no las Tradiciones y costumbres. Cada grupo de judíos, al igual que cada grupo de cristianos, sigue la Biblia según la interpretación de las Escrituras propia de su grupo. Cada denominación cristiana y cada secta del judaísmo tiene una identidad distintiva debido por completo a sus diferentes interpretaciones de la Biblia. Dentro del judaísmo, la Tradición refleja y define CÓMO siguen la

Ley de Moisés. Dentro del cristianismo, nuestras doctrinas reflejan y definen CÓMO seguimos la Biblia.

A partir del versículo 6 comienza el debate sobre este asunto serio de **Halakhah** en lo que se aplica a los creyentes y los gentiles. Después de que la discusión continuara durante algún tiempo, Pedro se puso de pie para hablar. En los versículos siguientes vemos que Pedro, Pablo y Bernabé forman un lado del argumento, mientras que los fariseos creyentes de la facción de la Circuncisión forman el otro. Santiago, el líder supremo de El Camino, actúa como moderador e intenta guiar al concilio hacia una solución. Pedro, tras la experiencia que le cambió la manera de pensar y en la que Dios lo convenció de que los gentiles no eran impuros por naturaleza (como decía la Tradición judía), fue a la casa de Cornelio, temeroso de Dios, y se asombró cuando el Espíritu Santo descendió sobre un grupo de gentiles. Pedro explica el significado de esta experiencia en relación con el tema que están tratando. Dice que, en su opinión, el asunto de la inclusión de los gentiles ya se había resuelto tiempo atrás como resultado de esa experiencia. Como líder del grupo y discípulo que fue a los gentiles con las Buenas Nuevas, era lógico que Dios le hubiera revelado a Pedro su voluntad sobre el asunto. Al enviar el Espíritu Santo a los gentiles, Dios le reveló a Pedro que el Señor no hace distinción entre gentiles y judíos y que los corazones de esos gentiles fueron limpiados no por las reglas de **Halakhah**, sino por su confianza en el Mesías.

Pedro no está diciendo que Dios ya no vea al mundo en términos de judíos y gentiles; más bien, está diciendo que, en lo que respecta al medio de salvación, Dios no hace distinción. Más adelante, en el libro de Romanos, Pablo expresará la misma idea de esta manera:

CJB***Romanos 3:1 Entonces, ¿qué ventaja tiene el judío? ¿Cuál es el valor de la circuncisión? 2 ¡Mucho, en todos los sentidos! En primer lugar, a los judíos se les confiaron las mismas palabras de Dios.***

Sin embargo, en lo que respecta a la circuncisión y, por tanto, a convertirse en judío, Pedro dice en el versículo 10 que, aunque Dios ha eliminado toda distinción entre judíos y gentiles en cuanto a la salvación, sería incorrecto que este concilio pusiera un yugo sobre el cuello de estos

nuevos discípulos gentiles, un yugo que ni ellos ni sus padres pudieron soportar. La parte sobre las Buenas Nuevas de salvación para gentiles y judíos por igual no es difícil de entender. Pero la declaración sobre un yugo en el cuello de los gentiles que era demasiado pesado para el pueblo judío necesita explicación. Empiezo por decirles que, como somos cristianos occidentales, interpretamos de inmediato esta declaración de forma negativa. Pero los judíos la habrían entendido de una manera muy distinta.

El rabino Joseph Shulam lo expresa así: «La metáfora del yugo se emplea típicamente en la literatura rabínica para indicar la observancia de la Torá como señal de aceptación del pacto de Dios». En la Torá encontramos el término «yugo» (ol en hebreo) en varios contextos, como el yugo del Cielo, el yugo de los Mandamientos y el yugo de la Torá. Creo que, especialmente debido al estilo sádico de esclavitud que usamos en el pasado, la metáfora del yugo evoca la imagen de personas como bestias de carga y de un yugo como instrumento brutal, áspero, incómodo y agotador. Pero eso no es lo que Pedro quiere decir, ni lo que significa en la Biblia, ni lo que significaba para los judíos. Un yugo es un dispositivo que conecta y dirige. El yugo encauza el trabajo de la criatura hacia la dirección de su amo. No pretende dañar ni oprimir; pretende que dos voluntades actúen como una. Así, una persona unida al Cielo está conectada con el Cielo y dirigida por él; no está oprimida por el Cielo. Una persona unida a la Torá está conectada con la Torá y dirigida por ella; no está oprimida por la Torá, y así sucesivamente.

Otra razón, aparte de la cultural, por la que los cristianos modernos ven la metáfora del yugo como negativa es que suele compararse con la declaración de Yeshua de que su yugo es fácil y su carga ligera, en Mateo 11. Mi punto es que, en el judaísmo, el término «yugo» no significa algo opresivo, del mismo modo que el propio yugo de Yeshua no se consideraba opresivo. Escuchen el contexto de la declaración de Yeshua:

Mateo 11:28–30 CJB

28 «Vengan a mí todos ustedes que luchan y están agobiados, y yo les daré descanso.
29 Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, porque soy

apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas.
30 Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera».

¿Cuáles son las luchas y las cargas? Las luchas y cargas de la vida: los dolores del corazón, las incertidumbres del mañana, nuestras aflicciones, la culpa que llevamos por nuestras acciones pasadas y el conocimiento de nuestra incapacidad para estar a la altura de la norma de Dios.

Observen cómo Yeshua dice que tomemos su yugo sobre nosotros. Una vez más, el yugo se entiende de forma positiva, como una metáfora judía habitual que significa conectarse con él para recibir dirección de él. Conéctense con Yeshua y permitan que los guíe. Yeshua dice que nos unamos (conectemos) a él y aprendamos de él, y que en esa conexión encontraremos descanso. Todos sabían lo que significaba; era una expresión judía habitual, y los judíos la consideraban algo agradable y deseable. Yeshua simplemente emplea una expresión cotidiana, reconocible y propia del pensamiento y el lenguaje judíos para ilustrar una idea. Yo hago eso cada semana cuando les enseño: utilizo dichos e imágenes que todos entendemos dentro de nuestra cultura para comunicar un punto. Yeshua dice que vengan y se conecten con él; él los liberará de sus dificultades actuales y no les dará otras nuevas. Muchos de los varios mesías que aparecieron durante su época querían tener seguidores y exigían lealtad y obediencia. Lo que NO estaba haciendo (y no aparece en ninguna parte del contexto de este pasaje) era comparar su yugo con la Torá o con la Ley de Moisés. Es decir, la fuente de las luchas y cargas de las que quiere liberarnos no es la Ley de Moisés. Esa idea sencillamente no aparece en el judaísmo ni en Mateo 11. Sin embargo, los cristianos han interpretado eso en el pasaje durante siglos.

Les digo algo: los judíos, tanto entonces como ahora, no consideran que observar la Torá sea una carga; lo consideran un privilegio y una alegría. Es el cristianismo el que ha creado esta imagen de la observancia de la Torá como una especie de peso primitivo, desagradable y opresivo que hace caer a las personas. Pero hablemos un poco más del término «carga». Por supuesto, puede referirse a un peso pesado, pero en el habla común también significa estorbar o impedir. Así que, cuando Pedro habla de evitar poner un yugo sobre el cuello de los nuevos discípulos que sea

demasiado difícil de soportar, la idea es no obstaculizar a los nuevos creyentes gentiles exigiéndoles demasiado demasiado pronto. Y, por cierto, a medida que avancemos en Hechos 15 y escuchemos la conclusión del concilio y leamos la carta enviada a la congregación de Antioquía, veremos que esto respalda esta interpretación.

Luego Pedro vuelve a hablar del punto central del mensaje del Evangelio en el versículo 11:

Hechos 15:11 CJB
11 «No; es por el amor y la bondad del Señor Yeshua que confiamos y somos liberados, y lo mismo sucede con ellos».

La idea no es que la Ley de la Torá sea demasiado difícil de cumplir para los judíos y, por eso, imposible de cumplir para los gentiles. Más bien, en relación con el tema de la salvación de los gentiles, es que solo mediante el amor y la bondad del Señor Yeshua confiamos y somos liberados (salvos). Y, dice Pedro, así sucede con nosotros (los judíos) y también con ellos (los gentiles).

También quiero señalar que es poco más que sentido común no esperar que un gentil nacido y criado como pagano —una persona que hasta hace poco no sabía nada del Dios de Israel, de la Torá, de lo que es el pecado o de lo que es un Mesías— acepte a un Salvador judío (lo cual ya es un milagro) y de repente tenga que empezar a aplicar a su vida todo lo que a los judíos les tomó toda la vida aprender. Sería demasiado abrumador, desalentador e injusto. Sería prepararlos para fracasar. De hecho, los rabinos de la época de Pedro tenían esencialmente la misma opinión que él sobre no abrumar a los prosélitos gentiles cuando se convertían al judaísmo. En el tratado Yevamoth del Talmud leemos:

Nuestros rabinos enseñaron: «Si en la actualidad un hombre desea convertirse en prosélito, se le debe decir lo siguiente: "¿Qué razón tienes para desear convertirte en prosélito? ¿No sabes que, en la actualidad, Israel es perseguido y oprimido, despreciado, acosado y vencido por aflicciones?". Si responde: "Lo sé y, aun así, soy indigno", se le acepta de inmediato y se le instruye en algunos de los mandamientos menores y algunos de los mayores. Y así como se le informa del castigo por transgredir los

mandamientos, también se le informa de la recompensa concedida por cumplirlos. Sin embargo, no se le debe persuadir ni disuadir demasiado».

El punto es que la Ley judía, **Halakhah**, establecía que un prosélito gentil al judaísmo debía ser guiado poco a poco y que no se debía esperar demasiado de él, aparte de algunos mandamientos menores y mayores que los líderes de la comunidad consideraban mínimos y fundamentales. Estos tendría que comprenderlos y cumplirlos de inmediato. El resto llegaría con el tiempo, mediante la enseñanza y el discipulado de la comunidad, y se esperaría que cada persona creciera al mejor ritmo que pudiera. No se abolía su obligación de obedecer todos los mandamientos de la Torá; más bien, se posponía hasta que alcanzara suficiente madurez para comprenderlos y cumplirlos sin quedar completamente confundido y abrumado.

Pronto veremos que se seguiría el consejo de Pedro en este sentido, sin duda porque encajaba con la mentalidad actual del judaísmo dominante de aquella época. La cuestión para el Concilio de Jerusalén sería cuáles mandamientos menores y mayores debían cumplir inmediatamente los nuevos creyentes gentiles. Pero también: ¿cómo aprenderían después estos nuevos conversos los mandamientos restantes?

Continuaremos con Hechos 15 la próxima semana y veremos cómo se resolvieron esas preguntas.